

# Ética profesional en las ciencias humanas hacia el siglo XXI

Lafarga Corona, Juan

1994

---

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5379>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

## ÉTICA PROFESIONAL EN LAS CIENCIAS HUMANAS HACIA EL SIGLO XXI\*

JUAN LAFARGA CORONA\*\*

En las últimas décadas hemos contemplado en México con mucho beneplácito un amplio florecimiento en la formación de los científicos y profesionales en ciencias sociales. Nunca antes había habido tantos y tan buenos programas en universidades prestigiadas de nuestro país. Programas que han desarrollado científicos competentes y profesionales al servicio del hombre, al servicio del mexicano. No voy a abundar a este respecto, y más bien señalar que tal vez han descuidado un aspecto básico en la formación de este científico social: el desarrollo de la persona. Y concretamente el desarrollo de su propia persona. Creo que psicólogos y sociólogos e inclusive representantes de otras disciplinas estarían de acuerdo en que para tener una óptica suficientemente saludable de un panorama del conocimiento y especialmente del educativo y social es necesario ser una persona suficientemente sana, digamos, no madura, porque creo que no existe esa persona; creo que estamos todos en un proceso de maduración, transformándonos, convirtiéndonos en persona. Pero dentro de este continuo de la salud, yo considero que para tener una óptica suficientemente objetiva, de la panorámica social y de la perspectiva científica necesitaría ser una persona suficientemente integrada, suficientemente saludable y sana. Este aspecto, creo, se ha descuidado hasta en las escuelas de psicología en donde por esencia la persona que es el psicólogo, se supondría que sería la persona más avanzada en el desarrollo de su propio conocimiento, autoestima y autodeterminación. Estos valores constitutivos nucleares de la persona saludable, hasta en la psicología se han descuidado, como también en otras ciencias sociales.

Al descuido de la persona humana en el campo de las ciencias sociales,

---

\* Conferencia magistral en las "Jornadas Interdisciplinarias del Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades: Ética en las Ciencias Sociales"; 12 de septiembre de 1994; UIA-Golfo Centro.

\*\* Investigador y profesor en el Departamento de Psicología de la UIA-Plantel Santa Fe.

ha correspondido también el descuido de la formación ética, aspecto fundamental del desarrollo personal y social. A este aspecto ético, me voy a referir. La dimensión ética, aspecto básico del proceso de convertirse en persona. En primer lugar, ¿qué voy a entender por ética? Para tranquilidad de ustedes no voy a entender el estudio de las normas y de los deberes, ni siquiera de aquella conducta que se ajusta más a las normas, parte muy importante del estudio de la ética como una disciplina social científica. Más bien me voy a referir al estudio de la vivencia del aprendizaje de la responsabilidad social en la persona humana, que emana de esa tendencia natural al crecimiento existente en todos los seres vivos; una tendencia al crecimiento que con mucha facilidad observamos en las plantas, en los animales y especialmente en el ser humano. Es decir, puestos en las condiciones necesarias y suficientes para su propio crecimiento, los seres vivos tienden a crecer. Si rodeamos una plantita de las sustancias necesarias para su desarrollo, de la luz adecuada, del clima ambiental óptimo, esta plantita tiende a crecer y a desarrollarse, igual que el animal y en especial el ser humano en que esta tendencia al desarrollo y al crecimiento es además consciente. El ser humano tiene el privilegio de darse cuenta que tiende a crecer y que puesto en las condiciones óptimas para su desarrollo crece. Sólo cuando estas tendencias son obstaculizadas se vuelve destructivo.

Voy a ahondar un poco en esta descripción que he hecho de lo que voy a entender por ética: El estudio de la vivencia del aprendizaje de la responsabilidad social, emanada de la tendencia a crecer. El individuo no sólo crece como persona, sino que su crecer como persona implica una relación. El crecimiento personal implica necesariamente el concepto relacional, grupal, comunitario y social; tal vez la mayor parte de los científicos de la personalidad estarían de acuerdo en que no puede hacerse a un lado la dimensión social al hablar del crecimiento personal, más aún, que un crecimiento personal aislado del crecimiento social o del desarrollo social, difícilmente debe ser considerado como crecimiento. Por eso considero que el núcleo de la ética está en la vivencia de los valores del individuo en el grupo social que promueve el desarrollo y el crecimiento integrado tanto de las personas como de los grupos.

Leí hace poco en un libro sobre dinámica grupal que los dos pivotes básicos en los que descansa la dinámica social son, por una parte, el que las personas dentro del grupo puedan desarrollar su propia individualidad, puesto que todas las personas somos esencialmente diferentes unas a otras, tanto por constitución biológica-genética como por el desarrollo y, por otra, los condicionamientos a lo largo del crecimiento. Por tanto, una saludable dinámica que protege el desarrollo de las personas como individuos dentro

del grupo es una característica de la salud de este grupo, así como también el grupo se desarrolla por la identificación de todas las personas con los valores comunes que constituyen al grupo en sí mismo.

De tal suerte que si un grupo favoreciera la individualización de las personas que es obviamente un valor, a costa de los valores grupales, el grupo se disolvería, no se daría una sana dinámica grupal. Asimismo, si se acentuaran los valores grupales de tal suerte que se perdieran los individuos dentro del grupo y no fueran ya personas distintas y diferentes con sus propios valores, con su propia identidad, el grupo también desaparecería. En esta dinámica social está, a mi manera de ver, el núcleo de la ética: en la responsabilidad social que tenemos de nuestro propio desarrollo en armonía con el desarrollo de los demás.

Entiendo pues como ética una disciplina filosófica que estudia y sistematiza los valores que promueven el desarrollo integral de todos. Como ciencia y como disciplina es la sistematización del conocimiento sobre los valores que promueven el crecimiento humano. No es el estudio de las normas, ni de la conducta que se ajusta a las normas exclusivamente y en esencia. La disciplina filosófica llamada ética es descrita por muchos de los autores contemporáneos, a los cuales me sumo yo, como el estudio de aquellos valores que promueven el desarrollo y crecimiento, tanto individual personal, como el desarrollo social. ¿Qué son entonces las normas? Las normas son ordenamientos necesarios o reglamentaciones sociales que protegen los valores de los individuos, de los grupos y de la sociedad. No tienen valor en sí, sino en cuanto que protegen los valores de la sociedad. Ninguna norma tendría sentido si no protegiera un valor. Existen normas individuales: Por ejemplo, cada quien se hace una agenda de su propio orden, de lo que va a hacer durante el día. ¿Qué valor existe detrás de esto? Pues el del funcionamiento eficiente del individuo. Todos nos normamos en cierto grado, y mientras más claros y flexibles en nuestra normatividad, probablemente, somos más eficientes. Esto tiene un sentido, pero lo más importante de todo es que la norma que yo me impongo, protege el valor de crecer en una forma armónica e integrada, primero con las distintas partes de mí mismo y después en relación con los que me rodean.

Lo que llamamos el crecimiento armónico del ser humano. Existen obviamente, normas grupales que tienen el mismo sentido, desarrollar al grupo por lo pronto y desarrollar a las personas individuales que están dentro del grupo e integrar los diferentes procesos de desarrollo de la sociedad.

Así como también existen leyes de tipo social que protegen los valores

protectoras del valor, para después irse transformando en una responsabilidad de los individuos, en la responsabilidad social. Éste es el sentido del *ama et fac quod vis* de San Agustín: "Ama y haz lo que quieras". En el momento en que tú experimentas un amor que implica responsabilidad frente a todos los demás, en ese momento eres libre de hacer lo que quieras. Por esencia, la acción libre es responsable. No iba a hablar de las normas y estoy hablando de ellas. Son un elemento importante en la protección de los valores, por eso me voy a referir a las normas saludables como normas claras, concisas, con una visión pluralista en su formulación y orientadas a proteger tanto los derechos como los valores de los individuos armónicamente integrados en grupos y en la sociedad. Hasta aquí de las normas.

¿Qué voy a entender por valores? No qué son. No me voy a embarcar en una disquisición de tipo filosófico sobre la axiología, voy más bien a referirme a la vivencia de estos valores en una perspectiva psicológica, social y educativa. En una forma sencilla, accesible y entendible por todos, los valores son los objetos de nuestras preferencias conscientes, aquello que conscientemente preferimos a otra cosa. Si yo como, prefiero comer a no comer. El ser humano está continuamente prefiriendo, porque es capaz de verse a sí mismo ante dos opciones. En las especies subhumanas, optar sólo se afirma de una manera análoga, ya que el animal no opta, no es consciente de sí mismo. El hombre, en cambio, está continuamente en un proceso continuo de optar, de preferir. Aquello que prefiere son sus valores.

Existen valores de tipo individual que no son válidos para todos, por ejemplo, si yo me dedico a la filatelia o me dedico al tenis, pueden éstos tener un valor para mí, y no necesariamente tenerlo para los demás. Muchos no prefieren la filatelia, prefieren leer, prefieren otro tipo de diversión, otro tipo de estudio. También existen valores o preferencias grupales, aquellas por las que los grupos optan. Una familia, por ejemplo, muchas veces opta por el arte; por ejemplo, familias caracterizadas por la actividad artística, como hay otras caracterizadas por la actividad científica o por la actividad deportiva. Eso no niega que tengan otros valores, pero predominan algunos que determinan la valoración y la preferencia de los miembros del grupo, así como también existen valores de tipo social, como los valores que profesamos en la Universidad Iberoamericana que constituyen nuestro Ideario y nuestra filosofía básica.

Algunos de estos valores son de carácter universal. Algunos psicólogos y científicos pensamos que sí existen los valores universales, aunque la formulación absoluta de tales valores todavía la estamos haciendo todos.

Hay antropólogos y sociólogos también que piensan que no existen los valores de tipo universal, sino que todos son producto de aprendizajes de

tipo cultural, hasta los valores llamados de la salud. No voy a entrar en esta controversia, nada más quiero decir que me identifico más con quienes consideran que sí existen los valores de tipo universal y las preferencias que el género humano tiene por el hecho de ser género humano, como por ejemplo, el amor a la vida, el preferir la salud a la enfermedad. ¿Cómo es que muchas culturas han valorado la muerte como una opción humana también? Favorecen la muerte en función de la vida. Es mejor saber que no saber, parece que la mayor parte de los seres humanos consideran el valor básico de saber más. Estas diferencias entre valores individuales, grupales, sociales y universales son importantes para darnos cuenta de que hay diferentes tipos de preferencias y que nosotros como personas y como grupo estamos prefiriendo en términos de culturas individuales, de culturas grupales o de culturas sociales. Sin embargo, la diferencia más importante está entre aquellos valores vividos por la persona, y aquellos valores meramente profesados. Los valores profesados son los que decimos que tenemos, los que cuentan realmente son aquellos que vivimos todos los días, aquellas preferencias que se manifiestan en nuestro propio comportamiento, en nuestra propia conducta. El valor profesado es el que responde a la pregunta ¿cuáles son tus valores? El valor vivido es el que responde a cuáles son tus preferencias diarias en tu comportamiento, los valores que en realidad están vigentes en tu propia vida. Es lo que tú realmente haces, lo que tú realmente escoges. Aunque los profesados también tienen su función, función orientadora: El "me gustaría hacer", el "me gustaría caminar en dirección de". El que éstos queden plasmados en documentos básicos como los idearios tiene especial riqueza para el grupo, sobre todo cuando son inspiradores.

A la luz de estas reflexiones sobre los valores ¿qué voy a entender, entonces, por responsabilidad social? Voy a entender la vivencia actual de los valores que promueven el desarrollo integral y armónico de las personas individualmente consideradas y de sus grupos, como empecé diciendo al principio, al hablar del núcleo de la ética. Estamos en el proceso de ir adquiriendo una mayor responsabilidad social a medida que vamos siendo más éticos. Concretamente y en la práctica, significaría más responsables socialmente. Primero, esta responsabilidad social implica una responsabilidad de tipo individual, es decir, existe la ética para con nosotros mismos, o la responsabilidad social para con nosotros mismos. Como si hubiera una dicotomía artificial entre yo y yo mismo, entre yo como objeto del conocimiento y yo como sujeto del mismo. Algunos especialistas en salud mental y comunitaria dicen que, probablemente, un criterio de salud sería la capacidad de estar a gusto contigo mismo. Que cuando estás solo sientas que estás con un buen amigo, que no tengas inmediatamente la necesidad de estar con al-

guien, y que cuando no estés solo te busques a ti mismo, y estés contento con lo que eres, con lo que tienes y con lo que haces. Es como una dimensión social implicada en algo que es de naturaleza realmente individual como la relación con uno mismo.

El amor por uno mismo implicado en la ética y en la responsabilidad social es muy distinto al narcisismo. A ver si me puedo explicar a este respecto. El amor a uno mismo es lo que determina todas nuestras acciones. Todo lo que hacemos, lo hacemos por amor a nosotros mismos. Dame cualquier ejemplo: la satisfacción de las necesidades de tipo biológico, de tipo psicológico, de tipo social y aun de tipo trascendente. Todo lo que hacemos, lo hacemos por amor a nosotros mismos. Al amar a Dios te amas a ti mismo. ¿Entonces la madre Teresa de Calcuta se ama a sí misma cuando ama a los demás y está totalmente volcada en ellos? Claro que sí. Si no fuera así nunca lo haría. El saludable amor por ti mismo es el que te lleva a estudiar, a formar una pareja, una familia armónica, te lleva a venir a la universidad, te lleva a participar en una semana como ésta. En una palabra, toda acción que emprende el ser humano parte del saludable interés por sí mismo. ¿Entonces qué es el egoísmo, qué es el narcisismo? En un taller aquí con los profesores de la Universidad Iberoamericana, hace algunos años, nos hicimos esta pregunta. Usé un ejemplo, que voy a usar otra vez: Y si tú llegas a una fiesta con mucha hambre y ves un pastel muy sabroso y te tomas una tajada de pastel, estás siendo movido por un sano y saludable amor por ti mismo y esto te deja muy satisfecho con tu propia acción y probablemente si tomas un poco más sientes la misma satisfacción, mas si en un momento dado te tomas todo el pastel, te hace daño a ti y hace daño a todos los demás. Esto es el narcisismo. Lo pongo en un ejemplo muy simple, pero muy claro. El amor por ti que te hace daño o hace daño a los demás, podría llamarse egoísmo, narcisismo, una palabra muy de los psicólogos. No todo amor por uno mismo es necesariamente narcisismo. La mayor parte de lo que hacemos no es por narcisismo, aunque algunos psicólogos, con los que yo obviamente no estoy de acuerdo, consideren que somos movidos y motivados siempre por nuestro propio narcisismo.

Si entienden que todo amor por sí mismo es narcisismo, eso representa un equívoco muy grande: el no poder distinguir el sano amor por uno mismo del egoísmo que tiene como implicación el daño a uno mismo y el daño a los demás. La primera responsabilidad ética, pues, está en promover los valores que me impulsan a mí como persona, como ser humano, como miembro de mi propia sociedad, que me hacen una persona contenta, satisfecha, saludable y feliz. Mas la responsabilidad social tiene otra vertiente, la que está implicada en su nombre. Es la responsabilidad del bienestar de los

demás, de un bienestar de los demás integrado con el propio que se va dando a medida que se es más libre, más satisfecho, más sano, mientras más experiencia se tiene, mientras más inteligente se es; es una opción que se va dando por el bien propio integrado al bienestar de los demás.

¿Cuáles serían entonces los valores que promueven la salud y el bienestar individual? Voy a referirme primero a éstos y no en abstracto sino con la percepción que yo tengo de los valores que caracterizan a los científicos sociales mexicanos, a quienes he conocido a lo largo de mi carrera, en la práctica de mi propia disciplina y también en el diálogo interdisciplinario.

En primer lugar el autoconocimiento. Probablemente uno de los valores que caracterizan a la persona que se va moviendo en la dirección de la salud y del desarrollo es el conocimiento de sí mismo, no nada más en términos de algunas de sus experiencias, especialmente de las satisfactorias, de aquellas que le producen placer y que son consideradas como las características positivas, no, este conocimiento implica el de las propias limitaciones también.

En una controversia muy antigua entre qué es primero si el conocer o el amar, controversia que parte de los planteamientos de Aristóteles y de Platón y que atraviesa toda la historia de la filosofía: San Agustín, Sto. Tomás, Descartes, Pascal sobre la prioridad del conocimiento sobre la prioridad del afecto. Decía San Agustín "No puedo conocer sino aquello que es amado por mí", ¿y cómo puedes amar sin conocer? Hoy todos sabemos que se trata de un proceso continuo; mientras más conoces más amas. Yo pienso que, desde la perspectiva psicológica, es primero amar que conocer. ¿Por qué digo esto? Porque la madre ama al niño antes de conocerlo y el ser humano es capaz de amar incondicionalmente, no importando las características del objeto amado, por una fuerza, por una dinámica que surge del interior de sí mismo. Algunos psicólogos, inclusive, dicen que realmente la esencia de la experiencia terapéutica es haber sido amado en forma no condicional. Cuando yo me siento amado por lo que realmente soy, incluyendo todo lo que son mis recursos y todas mis limitaciones, por lo que me gusta y no me gusta de mí, me siento amado y no rechazado por lo que realmente tengo, hago y siento; eso me devuelve la salud perdida, o es lo que promueve más mi propio crecimiento.

Otro elemento en el desarrollo personal es la autoestima, ese amor que describí al hablar del autoconocimiento. Me parece muy difícil separar autoconocimiento de autoestima, si parto de que todo conocimiento está precedido por el amor. Aun en la práctica, si yo quiero conocer a otra persona y llego a ella con una actitud afectuosa muy probablemente la voy a conocer mejor, que si me presento con una actitud rechazante o con algún tipo de prejuicio; inclusive en el ámbito de la ciencia cuando me interesa afectiva-



mente lo que estoy conociendo probablemente lo conozco mejor, lo comprendo mejor, que cuando no me interesa. Muchos pensamos si de veras existirá algo así como la objetividad total siendo el ser humano esencialmente afecto y emoción, así como es también el conocimiento. Hablar de una relación armónica entre conocimiento y emoción es hablar del desarrollo y crecimiento humanos.

La autodeterminación es tal vez el valor nuclear en el desarrollo personal; parece que las personas más saludables son las que son capaces de tomar opciones por sí mismas. A medida que la persona se va viendo a sí misma como centro de referencia de su opción: esto lo hago porque a mí me parece que es lo mejor, independientemente de lo que otros hayan dicho. El que otros lo hayan dicho me puede parecer muy bien, pero lo hago no porque otros lo han dicho, sino porque a mí me parece bien. En el proceso de maduración de la persona humana se da un salto gigantesco cuando la persona actúa no por lo que le han dicho que es bueno, sino por lo que ella piensa que es bueno, si coincide con lo que otras piensan no sólo no le hace daño sino que esta coincidencia, muchas veces es fuente de un gran apoyo social. Sin embargo, la razón por la cual una persona que se va moviendo en la dirección de la madurez actúa, es porque le parece que está haciendo lo que, cuando menos para ella, es correcto.

He hablado del valor del autoconocimiento, de la autoestima y de la autodeterminación. Parece que son los valores básicos del desarrollo individual, personal. Existen otros valores sociales que también pertenecen a este conjunto valorativo: la igualdad, la cercanía y la calidez en las relaciones interpersonales. Una persona va siendo más saludable a medida que tiene mayor conocimiento de sí misma, mayor autoestima y es capaz de tomar decisiones por sí misma, pero también cuando va creciendo en relaciones interpersonales armónicas, cálidas y cercanas; como también cuando es una persona eficiente y satisfecha con su trabajo.

Otro de los valores en el desarrollo personal considerado por los científicos sociales es la congruencia entre el pensamiento, el afecto, el discurso y la conducta. Congruencia, correspondencia entre las diferentes manifestaciones del ser como persona. También la flexibilidad y la creatividad. Probablemente no puede haber creatividad sin que exista una actitud flexible, la capacidad de cambiar, de dejarse enriquecer por las aportaciones de los demás, aunque sean diferentes. Finalmente la conciencia ecológica: caer en la cuenta del deterioro gradual que se va dando en nuestro planeta. Acaba de terminar la conferencia sobre población mundial en que se analizaron los aspectos del desarrollo poblacional relacionados con el deterioro del planeta Tierra. Se vio cómo el hombre que puede regular por su entendimiento todos los demás procesos sociales y políticos, puede también y tiene la respon-

sabilidad de regular su propia procreación. Yo creo que el tema del aborto, importante en sí, distrajo la atención de algo mucho más amplio, de un tema más importante para todos los países como es la regulación de la población universal en términos de restablecimiento de la armonía en nuestro planeta, entre crecimiento poblacional y creación y distribución de recursos.

Los valores encaminados a la promoción de la responsabilidad social tienen que ver no sólo con el crecimiento y desarrollo del individuo, sino con el crecimiento de los grupos, de la sociedad y de la cultura. Tal vez el primero de éstos es la promoción de la salud y de la vida en todas sus formas. Cada vez somos más conscientes de que la vida saludable en este planeta está implicando una mayor armonía con la vida de todos, incluyendo la vida vegetal y la vida animal. Somos un planeta vivo en donde vivir es vivir en armonía, es decir, preservando las especies y el hábitat, de tal suerte que la vida sea más humana, trascendente y gratificante para todos.

En este mundo en que el conocimiento progresa a pasos agigantados, la competencia entendida como capacidad y preparación es otro de los valores básicos de la socialización como también las relaciones profesionales basadas en la autodeterminación y el pluralismo. Tal vez la habilidad más grande que necesitamos los científicos sociales en el presente y en el futuro sea la habilidad para escuchar. Para escuchar lo que de veras queremos decirnos en el fondo de nosotros mismos, con los sentimientos y con el pensamiento. Escuchar es reproducir en la vivencia como si fuera propio lo que otra persona comenta, lo que otra persona ofrece, lo que otra persona opina. Esta capacidad de escuchar va a ser la condición del progreso del futuro. El diálogo de las torres de marfil que se descalifican unas a otras sobre la base de la propia verdad es la amenaza más grande de un futuro productivo.

Junto con esta capacidad de escuchar, una creciente honradez o congruencia entre lo que pensamos, sentimos y decimos en los grupos y entre los grupos es un criterio de salud. Y por último, la apertura a la trascendencia personal, individual, grupal y social, que se manifiesta en las respuestas que damos a las preguntas que no tienen respuesta a través de la ciencia y de la filosofía. ¿Qué hay más allá de la vida? ¿De dónde emergió la vida y cómo? ¿Cuál es el origen del Universo? ¿Qué es la materia? Los esfuerzos filosóficos y científicos en la dirección de responder significativamente estas preguntas, siempre han llegado a la fe y a la intuición, únicos criterios para dar respuestas significativas a estas preguntas. Tan tiene fe el que cree en Dios, como el que no cree. Pues la respuesta está más allá de la demostración. Lo único importante es que las respuestas que demos a lo trascendente sean congruentes con nosotros mismos, con nuestra historia, con nuestra cultura y, sobre todo, que se vayan dando en un ámbito crecientemente pluralista. Cada vez más todos los que practicamos en una forma convencida

alguna religión, nos damos cuenta de que nuestro primer deber es respetar a los que no comparten con nosotros esta convicción. Nada más cristiano que respetar al islam, al judaísmo y al protestantismo, que son nuestros hermanos más cercanos; a todas las religiones y a los que no las tienen. El respeto, pues, probablemente se convierta en el valor máximo de la experiencia trascendente en este mundo que se mueve hacia el futuro. Muchos teólogos contemplan la emergencia de un gran ecumenismo, en el que las grandes religiones compartirán verdades básicas con una enorme pluralidad en su aplicación, por diferentes grupos, culturas e individuos.

Muy queridos colegas, estudiantes y maestros de la Universidad Iberoamericana interesados en esta semana de compartir, de buscar y de acercarnos unos a otros alrededor de temas tan importantes como el que actualmente estamos tocando y de otros que se van a tocar. Estamos todos conscientes después de lo que acabamos de vivir en los procesos políticos de las elecciones, que México está en ebullición y está en ebullición porque los problemas de antes siguen presentes: la polarización entre las grandes riquezas y los grandes empobrecimientos; la forma limitada como estamos aprovechando nuestros recursos; las desigualdades en oportunidades educativas; los procesos económicos de crecimiento y globalización que ponen en peligro los patrimonios de los que menos tienen; pero también somos conscientes de que somos un país joven, lleno de jóvenes con mucho ingenio y energía; mestizo entre dos razas, lo cual le da una riqueza especial; ingenioso, abierto, trabajador.

Los científicos sociales vamos a ser aquellas minorías comprometidas que van a tomar el liderazgo. Es por eso importante que seamos conscientes de la necesidad de crecer nosotros mismos como personas, esencia misma de la ética. Crecer como personas en individual y socialmente es nuestra responsabilidad. México necesita científicos comprometidos con el desarrollo nacional, profesionales competentes en todas las áreas de la actividad productiva; trabajadores hábiles e ingeniosos, pero más que nada mejores personas, más libres de prejuicios, más comprometidas con la salud y bienestar de todos, conscientes de la realidad y socialmente comprometidos. México se abre a una nueva era en que mayorías y minorías tomamos conciencia de nuestra responsabilidad. No somos el cuerno de la abundancia, pero tenemos enormes recursos naturales, más que nada riqueza humana.

Tenemos, por tanto, los científicos sociales, en gran parte, la responsabilidad del desarrollo de este país nuestro. Sin dejarnos agobiar o angustiarnos por la magnitud de la tarea, pongamos nuestro grano de arena con amor e inteligencia.

**Muchas gracias.**